! Puñado diez millones de hombres ! Me diréis que la estadística corriente no habla sino de tres millones. Es cierto : la estadística no cuenta sino á los que trabajan en las grandes fábricas, haciendo caso omiso de « la pequeña industria », llamada de « kustaris », que ocupa cuatro millones, y de los nómadas ó trashumantes, que van de pueblo en pueblo empleándose en trabajos de albañilería ó de *terrasement*, y que son hasta tres millones.

Las huelgas tienen su influencia y preparan un porvenir mejor á los que sufren en Rusia.

La conquista de alguna justicia se hace poco á poco, á pesar de todas las tiranías amontonadas para combatir á la clase obrera. Pero ¡cuánta sangre habrá costado esa conquista!.

LOS CAMPESINOS

> No debemos olvidar que el pueblo ruso compone de 120 millones de labriegos, á quienes preocupa poco que la jornada sea de ocho ó de diez horas, que se creen ó no cajas de retiro, y que apenas saben lo que son las reivindicaciones sindicales. En lo único que piensan esas enormes masas de millones de hombres que laboran la tierra, es en que esa tierra, manantial de su trabajo y de sus privaciones, llegue á pertenecerles. Sí; el labriego ruso sólo vive con un deseo : que la tierra deje de ser motivo de tráfico, de compraventa, que no pertenezca al Estado, sino que sea la propiedad común y absoluta de aquellos que con el sudor de su frente la hacen fecunda... — L. Tolstoi. »

Después de los intelectuales, después de los obreros, he aquí á los campesinos en abierta rebeldía. El gobierno trata de ocultarlo. Pero es en vano. De todas partes del imperio llegan al palacio de Sarkoe-Selo ecos alarmantes. El mismo *Tzer-Kovni-Vietnik*, monitor oficial del Santo Sínodo, ha tenido que publicar hace pocos días una carta del pope Tchelzof en la cual hace ver que la idea tan arraigada en el cerebro de la aristocracia, de que el mujik es un ser incapaz de rebelarse contra el zarismo, resulta hoy una idea muy falsa. « ¿Habéis olvidado ¡oh rusos! — dice el sacerdote escritor, — los motines agrarios de Poltava y de los gobiernos vecinos? Y, sin em-

bargo, estas regiones son las de tierra fértil por excelencia. Por lo demás, todo aquel que ha vivido en la región que se extiende desde Liverskaia y Terioki hasta las fronteras, ha podido observar el estado de exaltación profunda de nuestras clases rurales. Todos los veranos paso dos ó tres meses en uno de los más apartados gobiernos del imperio, en regiones donde el pope y el comisario de policía representan toda la intelectualidad de la comarca, en que las tendencias y teorías subversivas todavía no habían penetrado. Pues bien, en estos últimos años he encontrado esas regiones completamente desconocidas. La inteligencia de los campesinos se ha desarrollado considerablemente, el círculo de sus ideas se ha extendido, al mismo tiempo que sus facultades de discernimiento y observación. Hoy el campesino tiene un sentimiento más neto de las injusticias de la vida y por eso las soporta con menos resignación. Si se subleva contra los señores no es ciertamente por la diferencia social que los separa, sino porque se siente víctima de sus iniquidades y de sus injusticias. »

Estas líneas, por ser de quien son, han causado en los círculos oficiales rusos una impresión muy penosa y muy profunda. El ministro de agricultura, partidario sincero de las reformas, las leyó á Nicolás II sin omitir una letra.

— Cuando terminé mi lectura — dice — vi que los ojos de su majestad estaban llenos de lágrimas.

Lo que el sensible emperador llora en la pérdida

de la lealtad ciega del mujik es la muerte de su última ilusión. Del amor de los trabajadores de las ciudades y de los intelectuales en general, ha dudado siempre. ¡Pero del campesino!... ¡De su mujik!... Y esta extrañeza dolorosa se comprende cuando se tiene en cuenta que los antiguos siervos, los lentos y melancólicos cultivadores de la ingrata tierra, no han dejado nunca de ser considerados como fanáticos del absolutismo. En todos los libros rusos se nota esto. Las descripciones poéticas de las islas hacen ver al mujik arrodillado ante un altar en el cual un retrato del zar ocupa el sitio del icono, entre dos lamparillas siempre encendidas.

Los rusos de las ciudades habían creído en épocas anteriores que una revolución campesina sería siempre imposible á causa de las pocas relaciones que existen entre aldea y aldea. La historia del levantamiento agrario de los gobiernos del mediodía debe haberlos convencido de que se equivocaban. En el espacio de diez días, cerca de cien mil mujiks lograron ponerse de acuerdo para rebelarse contra el régimen del príncipe de Mecklemburgo Strelitz, el movimiento revolucionario pasó rápidamente á toda la comarca comprendida en los gobiernos de Constantinograd, Poltava y Karkof. La idea que guiaba á aquellos rebeldes era que la tierra les pertenecía y que tenían derecho á conquistarla por la fuerza, pero sin violencia.

Los jefes decían : « No hay necesidad de ser crueles, seamos, al contrario, humanos y bondadosos ». Esto, en el momento en que se prepara una revolución, puede parecer irónico. En aquella circunstancia, empero, fué una norma de conducta. Basta con leer una relación cualquiera de los acontecimientos, para convencerse de ello. Seguros de sí mismos, los rebeldes obraban con prudente equidad y antes de presentarse ante los señores, se reunían en junta comunal (*skhod*), lo mismo que si se tratara de resolver una cuestión de la competencia del *self-gouvernement* local. En aquellas reuniones se tomaban acuerdos que confirmaba por escrito el jefe de la ciudad (el *starostata*), y en los cuales demostrábase la necesidad en que se veían los labriegos de apoderarse de las cosechas de los señores. Sólo aquellos que no se conformaban con la decisión tomada por el *mir* eran obligados á ello por fuerza. Todo acto de robo ó pillaje se prohibía bajo penas severas. Los *starostatas* ó autoridades locales, debían presenciar el reparto de los bienes señoriales y cuidar de la igualdad de las reparticiones. Cosa sorprendente, los revolucionarios sólo se apoderaban de los productos agrícolas y del ganado, sin tocar á los demás bienes. « Nosotros — decían — no tenemos necesidad de los bienes de otro. » Es decir, que sólo tomaban posesión de aquello que consideraban como producto de su trabajo. Y agregaban : « Nuestros antepasados trabajaron para que los vuestros acumularan todas esas ri

quezas ; hoy que nuestros hijos perecen de hambre, hora es ya de que el bienestar se reparta entre todos. » Después de esta argumentación, los labriegos exigían que los propietarios les entregasen las llaves de todos los edificios agrícolas y que se alejasen con sus familias para no volver jamás. « Si volvierais — les decían — aun cuando hubieran pasado treinta años, os mataríamos. » Cuando los señores habían desaparecido, los campesinos entraban sin desorden en las propiedades, apoderábanse del trigo, de la avena, de las patatas y de los ganados, para repartírselos según las necesidades de cada familia, pero sin cometer ni un solo acto de violencia contra las personas. Ellos mismos enjaezaban los caballos de los propietarios para que se alejaran lo más pronto posible. En algunos casos los campesinos incendiaron los edificios, pero esto lo explicaban así : « Tenemos necesidad de la tierra para labrarla ; por eso la limpiamos de estorbos. » Los rebeldes procedieron también con equidad, pues no sólo tomaban las tierras de los señores, sino las de los grandes propietarios agrícolas. Y si entre los primeros se encontraba alguno que había sido justo y caritativo con los colonos, sus bienes se respetaban, previniéndoles que « el día del reparto general de la tierra, esos bienes correrían la misma suerte que los de los demás, y se reducirían á siete hectáreas por cada miembro de familia ».

Cuando se trató de reprimir con las armas este movimiento evangélico, los campesinos vieron

llegar á los cosacos sin espanto, creyendo que no tirarían contra ellos en cuanto supieran la manera justa con que habían ejercido sus derechos. « ¡Les hablaremos! » decían. Pero ¡ay! los soldados contestaron con los fusiles, con los látigos. La represión fué horrible. No sólo se asesinó en masa, á tiros, sino que en cuanto se logró dispersar al pueblo, principiaron los actos de venganza. Los señores ó sus intendentes designaban á la policía á aquellos que habían provocado sus enconos, para que se les aplicaran los más atroces castigos. Los gobernadores convocaban para celebrar reuniones á los vecinos de cada pueblo y cuando las asambleas estaban completas, surgían los cosacos y asesinaban colectivamente á los desdichados campesinos. Estas ejecuciones tenían un carácter de extraordinaria crueldad : fueron muchos los hombres que perecieron á fuerza de recibir latigazos. El más cruel de todos los propietarios fué el príncipe Obolensky, que llevó su maldad hasta ordenar á los cosacos que empaparan sus látigos, antes de emplearlos, en una disolución de sal y vinagre, y que asistía en persona á esas sangrientas escenas. Después de las ejecuciones, los pocos que sobrevivían eran trasladados á los pocos hospitales. El escritor ruso que nos da estos detalles termina diciendo : « Los europeos no podrán figurarse nunca el grado de barbarie asiática á que se entregan las autoridades rusas contra los labriegos. Después de esas salvajes represalias, después de haber fustigado,

apaleado hasta matar, en presencia de sus hijos y mujeres, á las desgraciadas víctimas de una falsa denuncia, los gobernadores dejaban los pueblos á la merced de la soldadesca ebria y desenfrenada. »

Desde que esta revolución agraria fué ahogada en sangre, ningún movimiento de verdadera importancia ha vuelto á estallar, pero las ideas socialistas han ido ganando terreno en los campos, como nos lo prueban mil actos locales. No hay día, en efecto en que los periódicos de San Petersburgo dejen de dar cuenta de algún movimiento significativo. Yo he conservado algunos recortes que quiero reproducir : He aquí uno :

« Los campesinos de las aldeas Bolchié, Malyié, Kurliaki, del distrito de Brobrof, encontraron en los archivos de una iglesia documentos y planos que probaban que un aristócrata de aquellas cercanías se había apropiado sin derecho todas las tierras que poseía. De aquellos viejos papeles resultaba que la emperatriz Catalina se las había regalado con los centenares de siervos que las habitaban, al príncipe Bezborodko y que éste se las había vendido más tarde al padre de su actual propietario, que, después de la liberación de los siervos, sólo les había entregado una parte insignificante de las inmensas propiedades que Catalina II regalara á Bezborodko. Vendió más tarde el último propietario gran parte de sus bosques á un negociante en maderas, pero cuando llegó el momento de la corta, los campesinos de Kurliaki

se opusieron, alegando que la tierra cultivada por sus abuelos, sólo á ellos les pertenecía... Y como siempre, el gobernador envió al lugar del suceso sus escuadrones de cosacos y las terribles ejecuciones comenzaron. »

La siguiente carta de Voronoje es deliciosa : « Cierto domingo, al final de una misa, el pope dirige á sus feligreses este sermón : « ¿Sabéis, buenos viejos que vuestros hijos frecuentan los círculos políticos más que la iglesia, que leen los libros de ese hereje que se llama Tolstoi y que ni creen en Dios ni en el zar?... ¿Sabéis quién es ese impostor, blasfemo y herético Tolstoi?— « No *batiouchka* — contestole un anciano, — no hemos observado en nuestros hijos nada contrario á la religión ni al zar; en cuanto á Tolstoi, Dios lo bendiga, ya que pide para nosotros lo que de justicia nos corresponde. »

Otra correspondencia habla de la propaganda impresa en los campos y da detalles muy interesantes. Oid : « En los comienzos del mes de febrero los labriegos de las aldeas del distrito de Constantinograd y de Poltava observaron un fenómeno extraordinario : en los bordes de los caminos y otros sitios poco visibles, se encontraban de vez en cuando algunos libros de títulos muy significativos, sujetados con piedras para evitar que el viento se los llevara. El campesino que encontraba á su paso uno de esos ejemplares, lo recogía cuidadosamente, lo leía y después se lo entregaba á su vecino ; éste repetía la misma operación, y

de tal modo los ejemplares iban pasando de mano en mano para volver á poder de su primitivo propietario después de leídos por todos los habitantes de la comarca. Pero la estratagema duró poco. El pope de una de esas aldeas, descubrió el enredo y lo denunció á la policía que, creyendo se trataba de una propaganda del *stundisme* intervino inmediatamente. Mas, ¡ oh sorpresa ! los libros estaban impresos en lengua *ukrainiana* (pequeña Rusia), y eran obras revolucionarias y socialistas. Cada una de las veintidós aldeas que componen el distrito, tenía su ejemplar, un ejemplar solo, único, pero que había sido leído por cientos y cientos de campesinos, y que había esparcido la buena semilla. Para castigar al pope delator, los labriegos tuvieron una idea peregrina. Acordaron disminuir la mitad del precio de todos los servicios espirituales de la iglesia. En otra aldea, en Saratof, existía uno de esos ejemplares clandestinos, escrito y publicado por los socialistas revolucionarios de San Petersburgo ; se titulaba « El 19 de febrero ». Los labriegos sabían que el libro era prohibido. Sin embargo, después de decretar severas penas para los delatores, decidieron que se leyese en todas las reuniones comunales que se celebrasen.

Pero, el más importante de mis recortes de San Petersburgo, es una carta muy breve, escrita por un tolstoiano que hizo un viaje de propaganda con objeto de oponerse al movimiento terrorista en los campos. He aquí esta carta : « Me es impo-

sible luchar más tiempo contra el terrorismo agrario. Este no es el resultado de un odio ciego y apasionado, ni es tampoco la consecuencia accidental de una injusticia flagrante, sino la lucha sistemática de una fuerza contra una fuerza ; ó mejor dicho, una lucha social que toma los caracteres más crueles. Tal vez te admires al oirme hablar de esta suerte, pero ¿ qué he de hacerle? Figúrate que los mujiks me hablan así : « Si toda Rusia pensara como pensamos los aldeanos, ya hace tiempo que seríamos los propietarios de la tierra : pero como, desgraciadamente, no es así, tenemos que ir poco á poco y enseñar á nuestros hermanos á proceder de la misma manera ».

En el tomo primero de su obra magistral sobre *El Imperio de los Zares*, Anatole Leroy Beaulieu nos explica el funcionamiento de la autoridad local en los distritos agrarios. Hasta 1874 la ejercían personas escogidas por la nobleza local. Su misión era velar por la buena administración agraria. Estos magistrados, que se llamaban árbitros ó mediadores de paz, tenían también la obligación de presidir las liquidaciones de los siervos y arreglar las diferencias entre éstos y sus antiguos señores. Pero estos árbitros de la paz no desempeñaron con éxito su doble misión, y con justicia ó sin ella, se les consideró responsables de los abusos que se cometieron en las aldeas y en las campiñas. Una ley suprimió esta autoridad

durante algunos lustros : pero Alejandro II la restableció en 1890, dándole otro nombre y otras facultades. Leroy Beaulieu dice : « La creación de los *nachalniki* — nombre ruso que se da á esas autoridades — es la única gran reforma del régimen actual. Más bien que reforma, pudiera llamarse contrarreforma, pues está inspirada en principios opuestos á los que presidieron todos los actos del anterior reinado. Los consejeros del zar liberador, los hombres que habían preconizado la emancipación, las reformas administrativas y las reformas judiciales, tenían como ideal el *selfgouvernement* local, ó, como se dice en lengua rusa, el *samoupralvenic*. Su objetivo, más ó menos consciente era acostumbrar á los pueblos, las ciudades y las provincias, á administrarse ellas mismas. Parecía que el lema de su bandera era « el pueblo libre con un zar omnipotente — autonomía abajo y autocracia arriba ». Los nuevos funcionarios rurales tienen que ser nobles. Este es un desquite de las clases privilegiadas que no han podido nunca perdonar á la reforma de 1861 su carácter antiaristocrático. También establece la ley de 1899 que los *nachalniki*, á pesar de tener carácter municipal, gozaran de un sueldo y estarán sujetos á la autoridad del gobierno. Sus nombramientos se hacen de un modo vejatorio y complicado. Son elegidos por el representante del poder central, el gobernador de la provincia, pero éste, antes de hacer la elección, debe ponerse de acuerdo con el jefe de la nobleza. El nombra-

miento, una vez hecho, se somete á la aprobación del ministro del interior. Cuando el jefe de la nobleza opone alguna objeción al candidato elegido por el gobernador, el ministro debe tenerla en cuenta para la resolución. De este modo la nobleza, representada por un mandatario, ha obtenido voto consultivo en la materia. Todas estas formalidades se comprenden cuando se ven las atribuciones enormes de que gozan los nuevos funcionarios. Judicialmente, tienen facultades de corte suprema ó de árbitro entre jueces rurales. En lo administrativo, son jefes de la policía y directores de la hacienda. En lo relativo á conflictos por la propiedad de las tierras, á ellos les toca resolverlos en última instancia. Sus decisiones no están sometidas al veto de las asambleas comunales sino, por el contrario, las asambleas deben contar con ellos antes de votar una decisión. En resumen, fuera de lo que es la propiedad de sus lotes de tierra, los mujiks de hoy están tan tiranizados por los *nachalnikis* como sus padres lo estaban, antes de 1861, por los señores todopoderosos. El mir, el famoso mir, el mir que, de lejos, parece una invención paradisíaca, no tiene en realidad todas las ventajas que algunos le atribuyen.

¡El mir! ¿Qué es el mir? ¿Qué significa el mir? ¿Cuál es el valor nacional del mir?

Los retóricos imperialistas nos contestan :

— Es una aplicación patriarcal de las teorías colectivas agrícolas.

Pero los que han estudiado con seriedad su funcionamiento, intervienen para deciros : « No creáis tal cosa. El mir moderno no representa de ningún modo la comunidad de bienes que practicaron los primitivos. Debe su existencia á la abolición de la servidumbre, y su resultado ha sido la agrupación de los labriegos en aglomeraciones ó comunas distintas, y á esas comunidades les fueron transferidas las tierras de los señores. Al mismo tiempo se instituyó la responsabilidad colectiva, pero ni la propiedad agrícola, ni la responsibilidad colectiva han dado nunca los buenos resultados que se esperaban. Las tierras, en efecto, se distribuyen por una asamblea general de jefe de familia, y la responsabilidad del pago de los tributos, así como de los trabajos comunales, es colectiva. ¿A dónde han llevado esos principios á los labriegos? Jamás el interés del mir tuvo por móvil la actividad de sus miembros, y hasta aquellos deberes impuestos por la ley, como la asistencia á los ancianos, á los inútiles y á los enfermos, fueron rara vez cumplidos por el mir. Cada cual se confía á su propia suerte, y el mir, en la práctica, no viene en auxilio de nadie. Deja perecer á los desgraciados y á los inútiles, y el reparto de las tierras, en sí, no ha tenido más consecuencia que colocar á los campesinos en condiciones peores que la servidumbre, para la vida. Nadie sabe si la tierra que labora este año le co-

rresponderá cultivarla el año siguiente ; de ahí que la mejore ; la explota, la usa y la deprecia. Además, las parcelas son tan pequeñas, que es imposible laborarlas con artefactos pujantes. Un mismo campesino tiene varias parcelas, pero tan exiguas y distantes unas de otras, que no puede labrarlas. »

Estas palabras, que extracto de *La Revolución Rusa*, son la expresión exacta de la realidad. Entre el mir patriarcal de los mirajes administrativos y y el mir verdadero, no hay ninguna semejanza. Aquél es un ideal de solidaridad. Este, por el contrario, es un campo de odios, de rencores, de rivalidades, de explotaciones, de desconfianzas. Porque eso de la dulce existencia de los labriegos moscovitas es deliciosamente patrañesco. Los campesinos rusos de verdad, no son los de Turguenieff. Son los de Ullar; son los sórdidos, los miserables, los rudos esclavos de la tierra ingrata. Quitadles los trajes vistosos con que vuestra imaginación los adorna ; afeitadles sus bellas barbas de pastores bíblicos; apagad la luz de dulce melancolía que arde en sus claras pupilas, y contempladlos. Sin su prestigio romántico, aparecen como lo que son en efecto : como pobres seres á quienes la lucha constante contra el hambre les ha llenado el alma de instintos viles. Todos desean poseer algún dinero para ejercer el oficio de usureros y explotar á los vecinos. También desean que los amigos se arruinen y emigren, con objeto de que sus tierras, repartidas entre los que que-

dan, agranden sus lotes. En lo único que ejercen sus facultades intelectuales, es en buscar expedientes para pagar menos impuestos de los que les corresponden. Cuando hablan, es para mentir. Lo único que más adoran, es el aguardiente.

Pero si sus almas no merecen ningún respeto, en cambio la miseria en que viven es digna de gran piedad. « Sus cabañas ó islas — dice Ullar — se componen de una sola pieza, con un fogón que ocupa casi la cuarta parte de ella, y un banco de madera que rodea todo el muro y sobre el cual duermen. Su capacidad media es de treinta y cinco metros cúbicos y la habitan por lo general de seis á ochos personas. ¡ Cinco metros cúbicos por persona, cuando la higiene recomienda veinticinco! Varias familias juntas, suelen habitar esas covachas en inmunda promiscuidad con toda clase de animales. El suelo es de tierra; la suciedad espantosa ; la atmósfera irrespirable. Por todo mobiliario, una tosca mesa de madera. En las paredes, enormes clavos de los que cuelgan, entre las pieles pútridas de los animales, ristras de cebollas, ajos, etc. Los bancos se reservan para que duerman los ancianos, y el resto de la familia, en espantosa confusión, se acuesta en el suelo. Felizmente, la costumbre establece que todo el que nace sea atribuído á su padre legal!... ¿ Comer ? El pan de centeno, según ellos, es el mejor, porque siendo más pesado se « siente más en el vientre », y completan su alimentación las coles y las patatas siempre condimentadas con grasa de car-

nero. La carne es un enigma, un mito; no se conoce. La mortalidad infantil pasa del cincuenta por ciento.

Beben agua, kvas, ó te; éste último es considerado entre los mujiks como signo de riqueza. En cuanto al aguardiente, no lo consumen regularmente, pero en las fiesta religiosas se absorbe por litros, de manera que, invariablemente, la costumbre viene á romper el equilibrio del presupuesto... » Esta es la verdad, y esta verdad sucia, sombría, siniestra, no tiene, por desgracia, ninguna semejanza con la otra verdad antigua y literaria, la romántica verdad de los poetas, que nos hace ver un mujik suave, soñador, resignado, noble y digno. Lo de la resignación, sobre todo, es quimera. ¿Resignados esos campesinos que se mueren de hambre? ¿ Resignados esos millones de familias que ven en el mir una burla y en la repartición teórica de las tierras un escarnio? No; no está resignado el mujik. Las historias de ayer y de anteayer nos hacen prever lo que pasará mañana.

LA PRENSA

Simultáneamente dos noticias circulan de boca en boca por las redacciones. La primera es la supresión de la censura. La segunda es la supresión del *Nacha Djizn* y la orden dada á los periódicos de no publicar ni una sola palabra sobre las huelgas obreras. En otro país cualquiera, dos novedades tan contradictorias no podrían existir juntas. Aquí, por el contrario, la una tiene necesidad de la otra. La supresión de la tiranía que pesa sobre la prensa sería, á los ojos del gobierno, muy peligrosa si no fuese entibiada por una medida de rigor; y en cambio, la orden de callar, dada á los diarios liberales, necesita en la mente de la autoridad algo que la tempere. Todo el sistema ruso está compendiado en este caso. Se ve en él un deseo de ser duro y de no serlo mucho; de hacer reformas, pero no completas; de dar gusto á los que piden sin descontentar á los que no piden nada.

En el fondo ¿ qué significación puede tener el decreto que suprime la censura ?

Ninguno.

Lo único que cambia es la palabra. Lo único